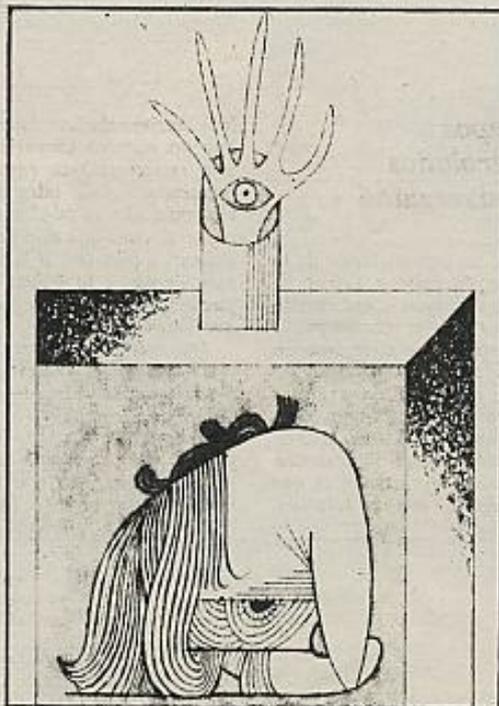


LIBROS

Antonin Artaud, sufrimiento y demencia

Hay personajes molestos. Personajes que ya tradicionalmente son un ataque a esas seguridades mínimas del hombre de la calle, hasta de los más progres. Personajes agresión, personajes bomba. Preguntas insaciables, infatigables ataques permanentes para destruir aquellas zonas de la personalidad que, por inconscientes —no sé si decir felizmente—, escapan al dominio de las ideologías, para pasar a ser el fundamento y base más profunda de lo que denominamos sentido común. Me refiero a esa conciencia "a priori" de que el suelo es fundamentalmente sólido, de que amanecerá mañana y de que nosotros, los cuerdos, estamos realmente cuerdos.

Ellos están locos. Antonin Artaud es uno de ellos. La palabra tradicionalmente tiene dos fillos: por una parte alude a la dificultad de penetración de estos agentes subversivos de la inseguridad radical: conocidos, divulgados, empaquetados y listos para la buena digestión, han perdido su carácter terrible y maldito. Más, cuando están muertos. Es decir, cuando no molestan físicamente. Hace falta una inocencia o una curiosidad muy especial, muy insólita, para dejarse atacar por estas tradiciones. Al fin y al cabo, *El Pesa Nervios* (1) es, ya, literatura. Servidumbres y glorias del exorcismo y la auto-defensa social. Pero su otro filo alude a esa tradición temible, espantosa, a esa raza de endemoniados que de tanto en tanto deciden triturar los cimientos de su mundo. La sospechosa repetición de estos personajes torturados y dudosos, la sospechosa persistencia de esa degenerada línea fronteriza que suponen los manicomios, y la misma palabra loco, añade, y no hace falta ser especialmente perspicaz para leerla, una pregunta ingenua, derecha al interior de la persona, a



Antonin Artaud, según Vázquez de Sola.

ese oculto lugar donde la historia, el mundo natural y nosotros mismos nos preguntamos si.

Estas son, creo, bastantes razones para acompañar, aunque sea cargados con todos nuestros escudos, a ese pobre loco, Antonin Artaud, por ese viaje que es *El Pesa Nervios*. Un viaje —conviene advertirlo, y el propio Artaud lo hace— que no enseñará otros paisajes que los de su alma torturada. Que no tiene más final que el del abismo o, mejor aún, el de la propia inmersión, por semejanzas, en la íntima experiencia del lector. "Donde los otros proponen obras —dice Artaud— yo no pretendo más que mostrar mi espíritu". Y luego: "Me reconozco tanto en una carta escrita para explicar el estrechamiento íntimo de mi ser y la insensata castración de mi vida, como en un ensayo exterior a mí, que surge como un engendro indiferente de mi espíritu".

"Mostrar mi espíritu": A mi modo de ver, Artaud muestra, en realidad, una persecución. El espíritu, tal como aparece en el *pesanervios*, es otra pregunta más, la más importante, que se revela allí donde la turbiq conciencia ve esfumarse la unidad personal en el seno de lo múltiple. Allí donde hasta el cuerpo pierde pie y materialidad, y el sujeto del sueño pierde conciencia de que es un todo, para ir sintiendo los miembros independientes, alucinados, y las células, los procesos biológicos, con independencia. La misma pelea por conseguir la coherencia del pensamiento uno, al tiempo que

se afirma la multiplicidad de las máscaras. La lucha irracional por la razón.

Porque Artaud, tan disperso, tan excesivo siempre, y sobre todo tan contrarracional, está atrapado por la necesidad de la razón y, al mismo tiempo, por la de su asalto: por la fundamental insuficiencia del pensamiento, por la escasa validez del sentido común. Y por esa experiencia disolvente en la que juegan los elementos más dispares, sin descanso: un amor estremecido, arrollador, demasiado. Una sociedad imponente aunque despreciable. Y las leyes. Y el dolor físico esa autodefinition, ese camino casi único hacia la identidad.

Y los viajes del opio, que ayudan a disolver el yo en mil partes, y, oscuramente, a encontrar al fin su unidad.

La angustia de todo esto, la angustia que es hija de la contradicción y la duplicidad, es el resultado, el eterno compañero de viaje. Angustia es el protagonista del libro y, es de temer, la condición misma de Artaud. Poemas, proyectos teatrales, cartas sadomasoquistas, presuntos artículos muestran la fragmentación de esta angustia que sofoca y vuelve asfixiante la lógica misma de la frase. Fragmentos, pues, para mostrar la irremediable tortura de un espíritu en continua vivisección. Dijo Susan Sontag que Artaud estudia al colmo el sufrimiento humano. Y Marcos Ricardo Barnatán, el traductor, advierte en el prólogo: "Su auténtica labor en-

tre los hombres fue la de explorarse a sí mismo, una aterradora, obsesiva e implacable búsqueda de la verdad intrínseca que le llevó a los estados más calamitosos de abandono vital, de debilidad y autodestrucción".

Les hablo aquí, pues, desde dos realidades que hubieran reventado a Artaud, el loco. Una, la traducción. En el acto de ser traducido, hay un reconocimiento de lo literario que hay en el texto. Es cuando todo escrito se vuelve ficción un poco. En este caso, el traductor ha conseguido los equivalentes poéticos de ese francés abrupto y terrible del autor. Ha conseguido transmitirnos la vibración del lenguaje, su áspere confusión surrealista, la subyacente coherencia.

Y en cuanto a la segunda realidad, la crítica, esta crítica, ya lo dice Artaud: "Vamos, dentro de diez años seré comprendido por los que harán lo que ustedes hoy hacen. Entonces conocerán mis géiseres, verán mis heladas, habrán aprendido a desnaturalizar mis venenos, revelarán mis juegos de alma". "Entonces todo eso parecerá bien, y yo no tendré necesidad de hablar".

Lo siento. ■ ROSA MARIA PEREDA.

(1) Antonin Artaud: *El Pesa Nervios*. (Traducción de Marcos Ricardo Barnatán.) Ed. Visor. Madrid, 1976.

Nombela, jornalero de las letras

Hay que perdonar a los viejos que conmemoren sus buenos o malos tiempos, como a los desdichados que cuenten sus desdichas. Con esta confesión liminar Santos Justo, más conocido por Julio Nombela, preparaba al lector de sus memorias, en 1909, reeditadas ahora por Tebas con prólogo de Jorge Campos.

Campos llama, y llama bien, a Nombela "jornalero de las letras". Obrero de la pluma, le llamó Azorín. Y, desde luego, sus memorias ("Impresiones y recuerdos") justifican el calificativo. Si larga fue su vida (1836-1919) sus memorias parecen serlo más, pues superan las mil páginas. Claramente mucho tenía que contar quien empezó la vida siendo discípulo de un futuro presidente de la Primera República, Salmerón, y se acercaba a su final cuando ya escribían Luis Araquistáin o Alberto

Insúa, como él mismo se encarga de señalar. Por eso, el libro de Nombela es a su manera una peculiar historia de los dos últimos tercios del siglo XIX. Una historia que está narrada de manera directa, porque aunque Nombela no sea un escritor de primera fila, se las arregló casi siempre para estar sentado en la primera fila de la vida de su tiempo. Fue amigo íntimo de Bécquer (y acaso a muchos esto sea lo primero que se les viene a la memoria cuando oyen su nombre), pero fue también hombre relacionado con el mundo del teatro (quiso ser actor), del arte, de la prensa (fue fundador de varios periódicos), de la política (llegó a ser en etapas diferentes secretario de personajes tan dispares como Ríos Rosas y el general Cabrera), de la novela (novelista él mismo y continuador de Fernández y González)... No resisto a copiar aquí parte de los juicios que el inefable A. Garmendia de Otaola, S. J., dedicó a Nombela. En "Lecturas buenas y malas", dice así: "En ideas y procedimientos morales no es seguro. En las novelas históricas

enrolarse como voluntario geribaldino, por ejemplo. Y sus testimonios sobre la vida de escritores, más o menos famosos, del siglo XIX, sirven no sólo para una historia de la literatura de entonces, sino también para una sociología de la misma... De hecho, las "Impresiones y recuerdos", de Nombela, son más que una sola historia el entrelazamiento de muchas y diversas historias, que acaso tienen un punto común en el caso por la vida del escritor. Cuando en 1914 se publicaron sus Obras Completas, éstas llenaron veintidós volúmenes. Y eso sin contar la mayor parte de su producción en periódicos. Con razón escribe Jorge Campos que "nada relacionado con la pluma le fue ajeno, desde exigentes ensayos críticos hasta romances de los que llevaban los ciegos hasta los últimos rincones de España, no olvidando la crónica de salones, la crítica teatral, y aun las mismas producciones teatrales, estrenadas en Madrid y muchas veces aceptadas con fervoroso aplauso". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Hispanoamérica, entre el mito y la realidad

América Latina participa de una doble cualidad: ser bastante desconocida incluso para sus propios habitantes, cuyas élites frecuentemente viven de espaldas a su medio y preocupadas por imitar otras realidades sociales diferentes a la suya, y son proclives a dejarse impresionar por luminarias culturales trascendentales; y, por otro lado, de causar un cierto impacto en otros medios bien alejados geográfica y socialmente de las Repúblicas situadas al Sur del Río Grande. El que los latinoamericanos en buena parte participen de la cultura occidental, hace que los sucesos que acontezcan en sus países tengan, generalmente, mucho más eco que los originados en otras partes del Tercer Mundo, cuyas realidades se nos antojan como más exóticas. América Latina y los latinoamericanos se nos transforman en algo nuestro, y cuando uso el posesivo no lo hago limitándolo a los españoles, sino reconociendo que este efecto es extensible a casi todos los europeos.

En el caso de España, esa situación está más acentuada por el hecho de que la cultura latinoamericana nos es mucho más

cercana y también porque todo lo latinoamericano en la España del último medio siglo ha sido mitificado mediante la tendencia del imperialismo romántico-paternalista del fascismo español a mitificar Hispanoamérica y al hispanoamericano, lo cual no ha significado que se redujera en lo más mínimo el desconocimiento de la auténtica realidad de esos países.

Todo ello ha originado que se fueran prefigurando unos estereotipos y tópicos respecto al prototipo del latinoamericano, y éste a su vez como representación de su sociedad y de su historia, que pueden estar enmarcados por los polos del "buen salvaje" y del "buen revolucionario".

Con un afán de desmitificar y, por consiguiente, con intención de acercarse lo más posible a la ciencia y a la crítica de lo que hasta se ha tomado como dogmático o axiomático, el venezolano Carlos Rangel ha escogido esas dos figuras del buen salvaje y del buen revolucionario para enmarcar un proceso crítico a su sociedad —la hispanoamericana, término que argumenta y motiva— y a su vez para titular su libro, obra con la que una prestigiosa editorial venezolana, con cargado catálogo, pero prácticamente desconocido en España, irrumpe en nuestro mercado del libro.

Hasta época relativamente reciente, se puede decir que los libros relativos a América Latina pasaban prácticamente inadvertidos para la inquietud lectora de los españoles, y tales obras quedaban en manos de especialistas ocupados más o menos profesionalmente por esos países, o en las de los aún menos numerosos preocupados por América Latina. La omnipresente censura nos impedía, por otro lado, que llegaran trabajos relativos a las convulsiones que agitaban aquellas tierras, cuyo conocimiento hubiera incrementado el interés hacia ellas. Todavía recuerdo la época en la que nos pasábamos los estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas, en un ambiente de clandestinidad, dos ejemplares de "Escucha, Yankee". Sin embargo, en los últimos años, y principalmente desde que Chile se convirtió en algo íntimamente coparticipado por muchos españoles, América Latina va cobrando puestos más relevantes cuantitativa y cualitativamente entre nuestros lectores.

Es quizá este factor lo que va a hacer que "Del buen salvaje al buen revolucionario" (1) no pase

(1) Rangel, Carlos: "Del buen salvaje al buen revolucionario". Monte Avila Editores Caracas, 1976. 257 páginas.

inadvertido como hubiera ocurrido hace sólo unos pocos años, y que, sin que llegue a convertirse en un "best-seller", tal como ha sucedido con él en América Latina, se convierta en una obra de bastante aceptación dentro de ciertos límites.

La pretensión del trabajo es la de servir de revulsivo y ser polémica, y en este sentido no se puede decir menos que ha cubierto sus objetivos previstos. Igualmente, es una obra que acercará y acrecentará el interés sobre el discurso de la historia latinoamericana.

En lo que respecta a quien escribe estas líneas, no puedo menos que confesar que me ha interesado bastante la obra, y que con ciertas partes me he llegado a sentir herido u ofendido al ver cómo se atacaban o discutían elementos que consideraba como "sacrosantos". Lo peor es cuando, además, me he visto enfrentado con algunas dudas que me han producido la siguiente reflexión: ¿Será verdad? ¿Tendrá razón Rangel? ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

## La Historia para hoy: el 98, aclarado por fin

Mucho se ha hablado y escrito sobre la generación literaria del 98, ya sea por motivos literarios o por razones de dilucidación histórica a la hora de enfrentar cuestiones como la "del español ante su país", el proceso recurrente entre "europelismo o nacionalismo", radicalmente desdoblado en las últimas décadas con las aculaciones —igualmente falsas— del "España es diferente" del período autárquico y el "España es Europa" de la posterior estrategia desarrollista, "el sentimiento trágico de la vida" unamuniano de los españoles o la dicotomía permanente entre la "España oficial" y la "España real".

Pero el justificado brillo de la literatura acaso ha ocultado otro 98, el sociológico, con mayores posibilidades concretas y específicas a la hora de dar cuenta de la génesis y contradicciones de la obra literaria o de explicarnos más fructuosamente el origen y la dinámica concreta de unas cuantas cuestiones nacionales tan debatidas como irresueltas en la desmadrada ensayística de las sucesivas generaciones de individualidades prestigiosas o "cabezas pensantes del país". Cuestiones que ahora aborda el historiador Al-



Julio Nombela.

ni todos los hechos los ha bebido en las puras fuentes, ni tiene sano criterio en juzgar los verdaderos (...). De más daño que provecho (...). Amores ilegítimos, párrafos sensuales y uno de orgía más peligroso y deshonesto". Lo de amores ilegítimos con toda seguridad no lo habría bebido en puras fuentes; Nombela tenía ideas muy tradicionales y escribió a propósito de su boda "siempre he creído y sigo creyendo que los lazos de la familia moral debe formarlos la religión y en su nombre la Iglesia". Pero fuera de la vida familiar sus experiencias políticas y de otro tipo sí que fueron bebidas en buenas fuentes. A punto estuvo de